



Nelson Algren
El hombre del brazo de oro



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

NELSON ALGREN

El hombre del brazo de oro

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Rumores vespertinos

Comprenderán, caballeros, que todo
el horror radica justamente en eso:
¡en que no existe tal horror!

KUPRIN¹

1. Aleksandr Kuprin (1870-1938), escritor realista ruso. La cita está extraída de su novela *Iana o el burdel*, descarnada y «honesta» descripción del mundo de la prostitución. (N. del T.)

El capitán no bebía nunca. Aun así, hacia el anochecer, en las semanas de color ahumado que iban del veranillo de San Martín a las primeras nevadas fuertes de diciembre, a veces se sentía medio borracho. Colgaba pulcramente el abrigo en el respaldo de su silla, en la penumbra plomiza de la comisaría, como si estuviera agotado por la falta de sueño, y reposaba la cabeza sobre los brazos, cruzados encima de la mesa de la sala de interrogatorios.

Pero no era el trabajo lo que le dejaba tan exhausto, ni era la lluvia del color del humo lo único que turbaba su sueño. La ciudad le había saturado de culpas ajenas; le abrumaban las acusaciones de las actas de denuncias. Llevaba veinte años sentado a esa misma mesa mellada, dejando constancia de robos e incendios premeditados, de actos de sodomía y de simonía, de robos de vehículos, secuestros, tiroteos y reyertas, de chantajes y actos de terrorismo, de incestos y casos de indigencia, desfalcos y robos de caballos, sobornos y proxenetismo, raptos y curandería, adulterio y prostitución. Hasta que el dedo acusador, que llevaba tanto tiempo señalando con implacable severidad por encima del libro de registro de la sala de interrogatorios, se había acabado cansando, y se había vuelto hacia él mismo, caprichosamente, hasta tocar las fibras del músculo gris oscuro detrás de sus ojos grises claros. Y así, aunque a la luz del día seguía siendo el perseguidor de siempre, había noches, en esta primera semana sin viento de diciembre, en las que había soñado que era él el perseguido.

Hacía tiempo, un golfo, carne de comisaría, le había apodado «Cabeza Archivadora»,¹ en honor a la retentiva de su memoria para olvidados delitos menores. Ahora, cuando ya se acercaba a la jubilación, sólo oficialmente lo llamaban «capitán Vendar».

El par de marginados que tenía delante ya habían sido fichados, junto con sus huellas, tanto en los registros como en su cabeza.

—No tengo más antecedentes que por embriaguez y peleas—le recordaba el ex combatiente con la nariz aplastada y ojos marrones al capitán—. Lo único que hago es repartir, beber y pelear.

El capitán estudió los pantalones del ejército descoloridos que llevaba encima de los zapatos militares.

—¿Cómo te licenciaron, Crupier?²

—Como es debido. Y condecorado con el Corazón Púrpura.

—¿Con quién te has peleado esta vez?

—Con mi mujer, sólo con ella.

—Y, joder, eso no es delito.

Pasó la mirada del respondón ex combatiente al respondón inútil total para el servicio que le acompañaba, cuyas gafas de carey separaban unas protuberantes orejas.

—No te veía desde que te hiciste el cowboy en los almacenes del viejo Gold, pirado. ¿Cómo es posible que no te lleves bien con el sargento Kvorka?, ¿es que no te cae bien?

Como si todos los demás buscavidas de poca monta del distrito, con la extraña excepción que tenía ante él, estuvieran medio enamorados del bueno del Primo Kvorka.

1. «*Record Head*». Se ha optado, como criterio general, pero no sistemático, por traducir los apodos y alias que tienen la mayoría de los personajes. (N. del T.)

2. *Dealer*: el que reparte las cartas en una mesa de juego. No se trata de un «crupier» de casino, sino de un «repartidor» de timba clandestina. (N. del T.)

—No tengo nada contra Kvork. Soy yo el que no le caigo bien a él —se quejó aquel prodigio sin barbilla—. La verdad es que respeto al Primo por cumplir con sus deberes legales..., cada vez que me detiene le respeto más. Al fin y al cabo, a todo el mundo lo detienen de vez en cuando, yo no soy mejor que los demás. Pero es que él se pasa, capitán. Sencillamente, no le entra en su cabeza de chorlito que soy *inincapaz*, eso es todo.

El veterano se acercó inquieto unos centímetros hacia la puerta abierta.

—Eres *inincapaz*, sí, lo que tú digas —convino el capitán—. Los tornillos se te han torcido... Eh, tú, ¿dónde crees que vas?

El veterano retrocedió.

—¿Has estado internado alguna vez en una institución? —preguntó el capitán volviéndose de nuevo hacia el inútil total.

—Claro. La vez que mi novia Violet golpeó a Antek *el Patrón* con el cuenco de las patatas fritas yo estaba internado; en la comisaría de Racine Street, que se parece un poco a ésta. Pero no dejaron que me quedara. No soy lo suficientemente listo para andar suelto por ahí, pero tampoco estoy tan pirado como para que me encierren. —El entusiasmo del mangante crecía por momentos—. Siempre que me quiera, capitán, sólo tiene que llamar a Antek, él me avisará para que me pase por aquí y me detengan. Me gusta que me encierren de vez en cuando, así uno se libra de meterse en líos. Si alguna vez tiene prisa por echarme el guante, no se preocupe, vendré en taxi, no me gusta llegar tarde cuando se me presenta la ocasión de cumplir treinta días por algo que no he hecho.

El capitán le miró fijamente.

—En toda tu vida no has visto pasta suficiente para pagar una carrera de taxi de aquí a Lake Street.

—Oh, pues cojo muchos taxis —le corrigió el mangante con respeto—. Cada vez que me emborracho paro uno, parece.

–Pues menos mal que no te emborrachas cada media hora, atascarías el tráfico. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

–Saltskin.

–¿Y quién es «Gorrión»?

–Ése también soy yo, *Gorrión* Saltskin, es mi nombre de día.

–¿Y el de noche?

–Solly. Tenga en cuenta que soy medio judío.

–Medio judío y medio loco –intervino inesperadamente el tipo más listo; pero nadie reaccionó a su comentario y él se removió impaciente bajo la luz cambiante.

–¿Por qué te trajeron la última vez? –le preguntó a Gorrión el capitán.

–Por *ná*.

–¿Por nada?

–Sí, por nada. Me subí al coche patrulla cuando ese sargento Kvorcka se paró en el semáforo, así que tuvo que traerme. Pero me gusta más venir en taxi. ¿Cuántas veces me han detenido, capitán? –El mangante se inclinó con curiosidad sobre el acta de detención–. ¿Me está siguiendo el historial? Cuando llegue a cien me ofreceré voluntario para el penal de Leavenswort.

–Claro que sigo tu historial, Solly –le dijo Cabeza Archivadora con tono afable–. No te preocupes, cuando llegues a cien, te colgaremos. Vas por la noventa y nueve. Anda, vete a casa, si es que tienes una. Lo que sí tienes son goteras en el techo.

–Sólo en un lado –se quejó Gorrión con cierta dignidad, y se puso una gorra de béisbol roja sucia, con la visera hacia atrás, como si se dispusiera a echar una carrera.

–A mí me parece que eres un redomado imbécil –concluyó por fin el capitán.

–Puede que sea imbécil –le confió el veterano a Cabeza Archivadora–, pero de domado nada.

El rostro inexpresivo, tranquilo y soso del veterano se concentró ensimismado en una cucaracha descomunal que

retorcía sus antenas hacia él, como si le llamara con aspavientos aturcidos desde debajo del radiador: «ven aquí, donde no hay más que amor cálido y sueños acogedores para siempre jamás». Entonces, al percibir los ojos de la ley clavados en él, recuperó la conciencia de sí y, en confianza, aconsejó al capitán:

—Nos detuvieron juntos, si sueltan al mangante a la calle, suéltense a mí también. Si no, será un caso de doble enjuiciamiento o como se llame.

El mangante se volvió hacia el charlatán como el que no quiere la cosa.

—En mi vida había visto a este borracho huérfano de madre, capitán. ¿Eso de su chaqueta no son manchas de sangre? ¿Ha pillado ya al tipo que hizo picadillo a aquella niña?

—Los dos no sois más que un par de gorriones que vivís de aprovecharos de gorriones más débiles hasta que abre el hipódromo de Hawthorne —concluyó el capitán y, por encima de sus cabezas, le gritó a alguien que no veían—: Encierra a estos dos. Al menos así les daremos a los primos de la timba un par de días sin pérdidas.

De entre las sombras de la comisaría emergió una mano que agarró a Gorrión por el cuello y, al instante, pareció que ya no tenía ganas de pasar la noche en la trena.

—¿Por qué me agarra todo el mundo por el cuello? —preguntó—. No es una maldita tubería. ¿Es que quieren desenroscármelo? ¡Eh! —Lloriqueó por encima del hombro hacia el capitán cuando se lo llevaban hacia las escaleras que conducían al sótano—. ¡Bednar! ¡Bednarski! ¡Capitán Bednarski! Para enchironarme tiene que acusarme de algo.

—Si quieres te acusamos de asesinar a aquel agente en Humboldt Park —le dijo el carcelero y al poco los barrotes de la celda se cerraron ruidosamente. Por debajo de su locuaz jactancia, el mangante tenía un pavor genuino a que lo encerrarán... y todos los agentes de la comisaría de Saloon Street lo sabían.

–Traed un par de fusibles ya que estáis ahí –gritó la voz de Cabeza Archivadora Bednar desde arriba de las escaleras–, freiremos al tontolaba a la una y un minuto.

–Ése eres tú, Frankie –le aseguró sin pensárselo el mangante al crupier.

–No, eres tú –le corrigió el crupier despacio.

Parecía que la noche se le iba a hacer muy larga a Solly Saltskin. Ni siquiera Frankie Machine podía garantizarle que los agentes sólo estuvieran bromeando.

–Hay algunas cosas de las que se puede bromear y otras de las que no, Frankie –se burló el mangante–. Y si bromeas te meten un pleito por difamación. Podría poner una denuncia ahora mismo. Demandarte a ti. Tú me has metido aquí. Cabeza Archivadora iba a soltarme y tú fastidiaste el trato..., puras mentiras, eso es lo único que cuentas. –Intentó darle un puñetazo trazando un largo bucle con la izquierda, que Frankie paró con una mano, y con la misma mano le restregó la nuca como un hombre que acariciase a un cachorro sarnoso. Si Gorrión hubiera tenido cola, la habría meneado: si hubieran estado en el corredor de los condenados a muerte juntos, no habría tenido miedo mientras Frankie Machine estuviera por allí.

Para maltratarle afectuosamente, meterle en aprietos y luego sacarle de ellos, como si nada, al día siguiente.

–Si Schwiefka no se empeñara en timar siempre a los polis no acabaríamos en la trena tantas veces –le confió a Frankie en el tono de alguien que transmite una información estrictamente confidencial–. Bednar mandó a Kvork que nos detuviera sólo para darle un toque a Schwiefka porque se ha retrasado una semana con el soborno. –Cuando el guardia pasó por delante haciendo tintinear las llaves, el mangante se apartó del crupier y, en el mismo tono de estar pasando información confidencial, dijo–: Chist, eh, carcelero, ¿has cerrado bien esta puerta? ¡No queremos que ninguno de vosotros, polis pervertidos, entre sin avisar por la noche!

El rubio tranquilo, de cara angulosa, cabeza hirsuta y pequeños ojos pardos llamado Frankie Machine y el nervioso y susceptible que atendía por Gorrión se creían tan listos como cualquier par de buscavidas. Esas paredes, que ya habían encerrado a ambos antes, nunca los habían retenido durante mucho tiempo.

—Todo es cuestión de muñeca y yo tengo el toque —le gustaba alardear a Frankie de sus manos sin nervios y su mirada penetrante—. Nunca llego muy lejos pero siempre pago mi billete para el trayecto. —Frankie era un buen tipo.

—Yo estoy un poco desequilibrado —Gorrión soltaba el guiño con un susurro ronco que se oía a media manzana de distancia—, pero sólo de un lado. Así que ni se te ocurra pasarte conmigo porque podrías estar tocándome el lado equilibrado. Y en ese caso tendré que hacer que el súper de la poli del distrito te deporte después de romperte los dientes de arriba a patadas.

El ser un buen tipo hacía que te enchironaran con tanta frecuencia como si estuvieras desequilibrado, aunque sólo fuera de un lado. Así eran las cosas porque así habían sido siempre. Y por eso nunca podrían cambiar. Ni Dios, ni la guerra, ni el superintendente del distrito suponían ninguna variación sustancial en West Division Street.

Porque ahí Dios y el superintendente del distrito trabajan codo con codo y ninguno hace nada sin el consentimiento del otro. Dios concede sabiduría al súper y éste le envía un porcentaje de las ganancias los domingos por la mañana. El súper apaña el cobro de una tasa a todos los buscavidas, y el Señor, por su parte, se encarga de cobrarle al súper. Porque el Dios del superintendente es el Dios de los buscavidas, y tan sabio, a su manera, como el Dios de los sacerdotes y los hombres de negocios.

El Dios de los buscavidas también protege a los suyos: el súper lleva catorce años en su cargo sin que se hayan cerrado las puertas de ningún garito de un corredor de apuestas en su territorio sin su consentimiento personal. Ningún

hombre podría gestionar ese negocio sin la ayuda del cielo y de los mejores capitanes de las comisarías.

¿Qué vas a hacer por Dunovatka
después de todo lo que ha hecho Dunovatka por ti?

cantan todavía los capitanes al unísono en las reuniones del distrito...

¿Vas a encargarte de la comisaría?
¿Vas a ser un poli de fiar?

A primera vista, podría parecer que es un Dios de los policías el que protege a los hombres del súper. Pero cien patrulleros, encargados de traslados y agentes de paisano han pasado por ahí y se han ido a otros destinos, mientras los buscavidas protegidos del súper permanecen, año tras año, abriendo y cerrando las mismas puertas rayadas. Su suerte está en manos del Señor de los Buscavidas, han sido elegidos.

El Dios de los buscavidas también velaba por Frankie Machine; y ayudaba de vez en cuando a Gorrión. Se encargaba de que los dos trabajaran para Zero Schwiefka por las noches, mientras el súper en persona les pasaba información de buena tinta cada día.

Lo único que el Dios del súper y el súper mismo desconocían era la jeringuilla que guardaba Frankie, entre otros recuerdos, en el fondo de un petate de lona descolorido en la habitación de otro veterano. El cañón de un Mauser alemán y una oxidada espada boche se apoyaban, fuera del petate, en la pared del piso de Louie Fomorowski encima del Club Safari.

Todos dejamos algo de nosotros mismos en las habitaciones de otros veteranos. Todos conservamos ciertos recuerdos.

Hasta Gorrión tenía sólo una idea muy vaga de que Frankie hubiera traído de vuelta a casa un petate lleno de proble-

mas. Pese a todo, el mangante de poca monta de Damen y Division y el crupier parecían un par de cachorros juguetones cuando estaban juntos.

—Él es como yo —explicaba Frankie—, nunca prueba ni gota. A no ser que esté solo... o acompañado.

—No me importa que Frankie me coja el cuello como si fuera de goma de vez en cuando —admitía el gorrón sin oficio ni beneficio—, pero no me gusta que lo haga ningún poli de mierda. —Porque, tanto daba lo mucho que lo maltratara Frankie, el mangante nunca olvidaba quién lo protegía cada noche en el garito de Zero Schwiefka.

Habían entablado amistad una noche de invierno, dos años antes de Pearl Harbor, cuando Gorrión había salido, con las primeras nieves de aquel año remoto, de un callejón oscuro y con montones de nieve, a una calle iluminada y cubierta de basura. Frankie lo había encontrado acurrucado bajo una pila de *Racing Forms* en la leñera que había detrás del local de Schwiefka, de madrugada, después de que se hubiera guardado en su caja la última baraja de la noche.

—¿Qué haces ahí abajo? —le preguntó Frankie al par de zapatos desgastados que sobresalían de los tabloides esparcidos. Porque ahí era donde Schwiefka, acuciado por cierta inseguridad interna, apilaba las hojas con información de las carreras pasadas. Nunca había tirado una sola hoja, y se engañaba a sí mismo diciéndose que las guardaba para cuando llegara el día en que el tiempo transcurrido les confiriera algún valor; pero no estaba claro que el tiempo fuera a revalorizar nada. Frankie las utilizaba, a escondidas, para encender la estufa de Schwiefka; pero advirtió con severidad a aquellos zapatos—: ¿es que no sabes que éste es el archivo de Schwiefka?

Gorrión se incorporó hasta quedarse sentado, tanteando a ciegas porque las gafas se le habían perdido entre los papeles arrugados debajo de la cabeza.

—Soy buscador de perros perdidos —se apresuró a explicar porque la experiencia le había enseñado que tenía que

convencer a los desconocidos, en cuanto empezaban a preguntar, de que tenía un empleo fijo.

—A éstos me los conozco —le advirtió Frankie, intentando sonar como un detective privado—, pero aquí no hay perros callejeros que robar. ¿Querías robar leña? —Frankie había estado llevándose un haz de la leña de Schwiefka cada mañana laborable desde hacía casi dos meses y no le hacía falta ayuda de ningún vagabundo.

—No tengo dónde dormir, Crupier —le había confesado Gorrión—, mi casera no me deja entrar en casa desde la semana de antes de Navidad; he estado vigilando en la puerta de Schwiefka todo el día y me dijo que podía dormir aquí..., pero no me pagó ni un miserable céntimo, así que es como si me lo estuviera cobrando, Crupier. Hace demasiado frío para robar perros, todos se quedan dentro de las casas. Algunas noches hace tanto frío que desearía estar yo también en una.

Frankie examinó al tembloroso desgraciado.

—No tiembles —le ordenó—; en este negocio, cuando te entra el tembleque estás acabado. Lo que vale es una mano firme y una mirada firme, nada más. —Le dio medio dólar.

—Toma. Pillarás una neumonía doble si duermes aquí. Cógete una habitación en el hotel Kosciusko. Y la próxima vez que Zero no te pague, díselo a Frankie Machine. Ése soy yo, el chico del brazo de oro. —Se calló para echarse hacia atrás el mechón rubio oscuro por debajo de la gorra, entre cerrando levemente el ojo derecho—. Todo es cuestión de muñeca y yo tengo el toque: con los dados, en el póquer o con un taco. Incluso con los tambores, porque también es cuestión de tener muñeca. Toma... escoge una carta. —Helado como estaba, el mangante tuvo que escoger una carta.

Durante los solitarios meses con Frankie combatiendo en el extranjero y Schwiefka intentando repartir en sus partidas, sólo Gorrión, del semicírculo entero de jugadores declarados inútiles para el servicio —de Cerdo Ciego a John *el Borrachín*—, se había acordado de aquel brazo de oro.

—Yo estaría allí, con el crupier, ahora mismo —se había lamentado calladamente para sí aquellos meses—, si no me hubieran rechazado cuando reconocí que me ganaba la vida robando.

Frankie no se había molestado en escribir a nadie hasta que empezó a emerger de la niebla en que lo sumió un obús MG: boca arriba, en un hospital de evacuados, todo el día con los dolores que le producía la metralla que se le había incrustado en el hígado para siempre. Allí por fin había sido capaz de mandar una concisa carta por correo militar avisando a Sophie de que volvía a casa.

Sophie había puesto la carta en el espejo de la barra del bar de Antek *el Patrón*, entre las cartas de otras esposas de soldados. La noche que la leyó Gorrión, recuperó de golpe toda la chulería que se le había contagiado en su relación con Frankie y que había desaparecido con su ausencia. El crupier volvía a casa.

—Los tipos que creen que pueden pasarse conmigo, van a llevarse un buen susto —empezó a advertir a todos. Y luego escupía para subrayar lo duro que podía llegar a ser un man-gante de Division Street.

Contaba los días que faltaban para volver a ver el montón de trillados trucos de cartas de Frankie. Todos esos trucos de los que él nunca se cansaba; y de los que Sophie se había hartado hacía ya mucho. Como Frankie se había aburrido también de hacérselos a ella; pero nunca, los mismos una y otra vez, a Gorrión, cuya reacción era siempre de un asombro genuino.

—Ese pequeño judío sabe lo mal que pueden ponerse las cosas —así de misteriosamente explicaba a veces Frankie su amistad—, sabe lo mal que pueden salir y también lo bien que podrían ir. Sabe cómo eran antes y cómo se están poniendo ahora. Le confiaría a mi hermana toda la noche. Siempre que, claro, ella no llevara más de treinta y cinco centavos encima.

Frankie nunca reconocería que bizqueaba un poco.

–Si tuviera algo malo en los ojos, el ejército no me habría admitido –decía–, la mano es más rápida que el ojo... y yo tengo muy buena vista. –Pero a veces era incapaz de ver algo que tenía delante de las narices, pese a su buena vista–. ¿Dónde está el petate? –preguntaba.

–Si es un perro te muerde, Crupier –respondía alguien.

–Bueno, se supone que hay seis dólares dentro –explicaba él como si, por algún motivo, ésa fuera la razón por la que no lo había visto desde el primer momento.

Ahora bizqueó un poco, a la luz tenue de la celda, con la eterna baraja en la mano.

–Puedo controlar veintiuna cartas –se jactó ante Gorrión–. Si no me crees, te lo voy a demostrar. Repartiré seis manos y las cantaré a oscuras. Di la que quieres tú. ¿Quieres tres reyes? Muy bien, aquí tienes, lo que has pedido. Pero ándate con cuidado, mangante, la mano que tienes al lado, sube de color y ésa que sólo enseña un as va a ganar con otros tres tapados. –Y así era, tanto si estaba alardeando en una celda o en la mesa del fondo del Tug & Maul, el bar de Antek Witwicki.

–Yo concedo a todos un trato justo hasta que intentan jugar me una mala pasada o me contestan –avisó al mangante. Escuchar a Frankie decir eso hacía que pareciera bastante mezquino–. Cuando voy a por un listillo no me importa quién sea, ni cuánto tenga..., cuando veas que voy a por él, ten por seguro que el listillo lo tiene negro. –Gorrión asintió. Él era el único buscavidas de Division Street que todavía creía que Frankie Machine era un tipo duro. Las veces que lo había visto hundido no contaban para Gorrión.

–Lo que hace falta saber para repartir en partidas de póquer es que es como hacer instrucción en el ejército, y el crupier es el sargento instructor. Todo el mundo tiene que llevar el paso, seguir el orden y no pueden contestarte porque se pierde la armonía..., y soy bueno con el taco de billar porque también es cuestión de tener muñeca. Solía le-

vantarme quince pavos por una exhibición de carambolas. No, no colgaron mi foto en la pared, pero aun así me gané la vida con el taco tres meses cuando llegó la hora de la verdad, y eso es más de lo que la mayoría de los buscavidas puede decir.

Y también era más de lo que Frankie podía decir. Aquellos tres meses se habría muerto de hambre si no hubiera sido por el sueldo de Sophie. Y aunque Gorrión procuraba no verlo, sabía qué miserable podía llegar a ser el trabajo de sargento instructor, y el rumor corría: Frankie había cumplido treinta y seis meses de servicio sin llegar a conseguir siquiera los galones de soldado de primera. Por alguna razón, en el ejército no se habían enterado de que era una máquina con una baraja.

(Había quienes todavía creían que le llamaban Machine porque su verdadero nombre era Majcinek. Pero los jugadores de verdad, los noctámbulos, llevaban años llamándole *Automático* Majcinek; hasta que Louie Fomorowski le había acertado el apodo. Ahora, tanto en el puesto de crupier, como en los censos para votar o en los registros policiales era simplemente Frankie Machine.)

La carta de abajo crujió mientras repartía una mano a Gorrión sobre el suelo gris de la celda, y le irritó no poder sacar la segunda de abajo sin tocar la carta de encima. Aunque nunca había tenido el valor suficiente para repartir desde abajo mientras estaba repartiendo de verdad, le gustaba demostrar que dominaba el truco para exhibir su destreza.

Porque él tenía el toque, y un brazo de oro.

—Dame vidilla, brazo —suplicaba al intentar una quinta tirada ganadora de los dados, besaba su rosario una vez para que le diera suerte, mientras los apostadores esperaban angustiados, lanzaba, y zas..., ahí iba, un dos más dos o un uno más dos, un diez o un siete más uno, o dos treses sin reveses, dados enrollados, cuando tengas una corazonada apuesta a todo o nada, apuesta un chavo y no sacas un pavo, que sean cinco y doy un brinco, pasmado, que duplicas al

contado, no vale para nada si no te mojas en la jugada, cuéntales dónde lo ganaste y lo fácil que fue.

Cuando oscureció tanto que ni se veían las marcas de las cartas, Frankie se sacó del bolsillo una hoja arrugada y desvaída con un listado de carreras.

–Me costó diez años aprender esta joyita... ahora fíjate en mis manos. –Gorrión se fijó en los dedos largos y seguros, que empezaban a tejer con rapidez y delicadeza–. Cincuenta movimientos en menos de un minuto –se jactó Frankie... y ahí estaba: una auténtica pajarita a lo Sinatra con su cuello, salida, nada menos, que de la hoja de apuestas del día anterior.

–Si fuera de seda podrías ponértela ahora mismo. –Gorrión miraba embobado–. ¿Por qué no te dedicas a hacerlas el día entero? Todos los de nuestro barrio te comprarían una, sacarías una fortuna.

–No soy un empresario –explicó Frankie–, soy un tahúr..., ahora dime cinco números impares entre el uno y el diez que sumen treinta y dos.

Gorrión fingió que contaba mentalmente con todas sus fuerzas, y dibujó cifras sin sentido con el índice en el polvo grisáceo de la celda, hasta que Frankie tuvo que enseñarle cómo hacerlo. Por alguna razón, a Gorrión no le entraba en la cabeza qué números eran pares y cuáles impares.

–Las matemáticas caen en mi lado desequilibrado –confesó–. Siempre la cago.

Sin embargo, era preciso como una calculadora al anticipar combinaciones en cualquier partida de dados en el callejón; en esos casos sí que distinguía los pares de los impares..., a veces antes de que salieran.

–Jugar sobre el terreno es una cosa; acertar adivinanzas otra –opinaba Gorrión y no veía nada raro en la curiosa distinción–. Eso fue lo que no supieron ver en la oficina de reclutamiento –recordaba–: yo les parecía demasiado listo o demasiado bobo, y no supieron con cuál quedarse. Por eso no les quedó otra que rechazarme por ineptitud moral para la guerra.

Frankie estaba formando una hilera vertical de tres unos y otra horizontal con dos unos. Sumando la primera tenía un total de tres, y la segunda, dos: dada la disposición de las dos cifras sumaban treinta y dos.

–Hay algo que no cuadra en alguna parte, Frankie –se quejó Gorrión, inquieto–. Haces que me den vueltas los ojos y veo luces dentro de mi cabeza..., pero si supiera hacer una división lo bastante larga, seguro que veía el truco.

–No hay ningún truco, Gorrión. Es estrictamente legal, es así como se hacen las cosas en estos tiempos. Como la nueva forma de ganar diez pavos extra por cada cien que metes en el banco. Esto no se lo contaría a nadie más que a ti. Sólo los banqueros y yo lo sabemos y les entran sudores sólo de pensar que la gente lo descubra y los arruine a todos en una semana. ¿Me juras que no lo contarás?

–Que me parta un rayo divino si lo cuento.

–No me vale. Jura a lo judío.

–No conozco ningún juramento judío, Crupier.

No era necesario ningún juramento. Habría muerto antes de revelar el más insignificante de los secretos profesionales de Frankie.

–Por supuesto –le advirtió Frankie– para que te salga bien tienes que renunciar a tus intereses, ¿estás dispuesto a renunciar a ellos?

La pregunta inquietó a Gorrión.

–¿Es un banco judío o polaco, Frankie?

–¿Y qué importa?

–Si es judío a lo mejor tengo a un tío trabajando en él, pero sólo me dará pasta cuando el presidente no esté mirando.

–En éste no tienes ningún tío –concluyó tajante Frankie–. En realidad, no tienes ningún tío en ninguna parte. Si ni siquiera tienes madre.

–A lo mejor me queda alguien en el país de donde venimos, Frankie –dijo casi con esperanza.

–Allí no queda nadie, así que deja de darle vueltas...,

¿vas a arriesgarte o no? No puedes llevarte esos diez y quedarte también con los intereses.

–Vale, Frankie, me arriesgo.

–Es así de fácil, colega. –Empezó a desgarrar diminutos trozos cuadrados de la pajarita de papel cada uno de los cuales representaba diez dólares, hasta que pudo hacer un hipotético depósito de diez trozos, seguidamente de la cuenta de cien dólares fingió que retiraba esa misma cantidad, y luego la repuso empezando con el último trozo de papel que había retirado, reproduciendo el viejo truco del cabaret, de manera que cuando hubo devuelto los cien todavía conservaba un trozo de papel en la mano–. Y ahí tienes el doble del dinero que gastas al día, y todavía conservas los cien en el banco –anunció triunfante–. Puedes hacerlo cuando quieras y todas las veces que quieras, no pueden impedírtelo mientras el banco esté abierto. Es legal, así que tienen que permitirte hacerlo, así es cómo se hacen las cosas en estos tiempos.

Gorrión se quitó las gafas, se las sopló y se las volvió a poner mientras miraba con ojos muy abiertos, primero a Frankie y luego al dinero falso. Resultaba difícil saber, cuando el mangante ponía esos ojos, si en realidad no entendía nada o sencillamente se hacía el tonto para complacer a Frankie.

–Algo que no cuadra otra vez –se quejó, incapaz de identificar ni de lejos dónde radicaba el problema. Antes de que pudiera reordenar su desconcertada sesera, Frankie ya tenía otro milagro infalible preparado.

–Ahora voy a enseñarte cómo sacar un par de dólares en una bolera, Solly. Estás jugando y consigues un hueco perfecto: quedan en pie el siete y el diez. Un tipo se apuesta veinte a uno a que no puedes. «No he visto a nadie que lo hiciera en toda mi vida», te dirá. «Ni un campeón como Willman lo aceptaría.» Incluso te enseñará un libro de registros donde pone que no se ha conseguido desde hace años. Y tú le dices, «Acéptalo o calla». Así que apuesta los veinte

pavos y tú simplemente vas andando por la pista y pillas los bolos con las manos. Eso es todo. Estrictamente legal.

–¿Es una bolera judía o polaca?

–Se lo hice a un tipo de Milwaukee así que supongo que será polaca.

Gorrión caló la mentira al instante.

–Ni pensarlo. Me partirían la cabeza. Entonces estaría desequilibrado de los dos lados.

–En ese caso te compensarías. Te pondrías bien.

Sin que viniera a cuento, Gorrión señaló de repente a Frankie con un dedo acusador.

–¿Quién es el tipo más feo de esta cárcel? –preguntó, pero se respondió con la misma precipitación–: Yo.

Entonces se sentó a cavilar sobre esa respuesta como si la hubiera dado otro.

–¿Y qué me importa la pinta que tenga ahora? –dijo para suavizar el insulto que tan abruptamente se había dedicado a sí mismo–. Lo que importa es que sé llevarme bien con la gente.

–Si te llevaras bien con todos no estarías metido en líos hasta las cejas cada dos por tres –le recordó Frankie afablemente–; no te faltaría una condena para que te consideren reincidente según la ley de Schnackenberg.

–Me faltan tres condenas para que se me aplique la ley de Schnackenberg –le aseguró el mangante a Frankie–, siempre que no sean dos del mismo tipo. –Luego reconoció su desequilibrio con cierto malhumor quejumbroso–: La verdad es que puedo meterme en más líos en un par de días, y sin querer, que la mayoría de la gente durante una vida entera intentándolo con todas sus fuerzas, ¿cómo es posible, Frankie?

–No lo sé –se mostró comprensivo Frankie–, supongo que algunos gatos bailan panza arriba.

Fuera lo que fuese lo que había pretendido decir Frankie con eso, Gorrión lo obvió para ofrecer su propia explicación.

—Me pasa porque me gustan los líos, me gustan de verdad, Frankie, ése es mi problema. Si no fuera por ellos me habría muerto con la asquerosa monotonía de este barrio de mala muerte. Cuando uno es tan feo como yo, tiene que mover las cosas para que a la gente no le quede tiempo para reírse de uno. Así es como evitas sentirte mal.

Pese a todo, él mismo se burlaba de su imagen paliducha e impaciente, de sus gafas de cristales dobles, de su cuello que parecía un caño de pipa, de su cara angustiada y sin barbilla..., mucho más de lo que lo hacían todos los demás juntos. Se apresuraba a quitar el agujón de las puyas ajenas poniéndolas en su propia boca primero; por más que esa anticipación del insulto soliera estar infundada porque los otros no estaban por la labor de fijarse en la fealdad de Gorrión. La gente se había acostumbrado a él hacía mucho; el único que no podía acostumbrarse era él mismo. Así que esbozaba su sonrisa astuta y desquiciada y se alegraba de ser Solly Saltskin en lugar de Cerdo Ciego o John *el Borrachín*.

Sentado con las piernas cruzadas en el suelo de cemento, parpadeó ante las paredes encaladas cuando las iluminó el primer débil resplandor del alumbrado nocturno a lo largo de la galería; se quitó soplando el polvo de la cárcel que se había depositado sobre las gafas y le dio la vuelta a la gorra hasta que la visera se le caló cubriéndole los ojos para dejar bien clara su convicción de que no iría a ninguna parte hasta la mañana siguiente.

—Apuesto a que no llevas gorra. —Frankie había reanudado el interminable juego de los desafíos al mangante; Gorrión se palpó torpemente para comprobar que sí la llevaba, pero no respondió a la apuesta—. Apuesto a que no llevas zapatos, apuesto a que no estás fumando un cigarrillo. Apuesto a que puedo subirme a un tranvía sin billete, sin decirle nada al cobrador, sin pagar nada, y llegar hasta el fondo. No puedo decirte cómo, no quiero descubrirme.

–Yo no te descubriré siempre que no me descubras tú –dijo Gorrión, que se levantó para sellar con un apretón de manos aquel equívoco pacto. Después, empezó a jugar colgándose, con una mano sobre otra, de la gran viga que pasaba por encima de su cabeza–. ¡Mírame! –pidió–. ¡Soy Tarzán de la ciudad!

Frankie lo bajó tirando de sus delgadas zancas.

–Es la nueva manera de andar –explicó Gorrión–, desde que volviste tenemos un montón de maneras nuevas de hacer las cosas, Frankie.

–Te meterán en líos igual que las de antes –le aseguró Frankie al mangante con tono lúgubre.

Esa noche, mientras las pequeñas bombillas de veinte vatios iluminaban con uniforme ferocidad a lo largo de la galería encalada, Frankie Machine tuvo un acceso de fiebre, producido por una antigua herida, y soñó, por segunda vez en su vida, con el hombre que llevaba un mono de más de quince kilos a la espalda. Se llamaba McGantic, soldado McGantic, nadie sabía por qué; estaba, con los hombros encorvados bajo el peso de la tremenda carga, en una de las entradas soleadas y lejanas de una carpa militar en la que Frankie yacía de nuevo, tumbado en su catre militar.

No había ningún soldado más en la doble hilera de caires perfectamente hechos, pero Frankie sabía que al soldado que se asomaba por la carpa lo habían mandado de la enfermería. El sol invernal que incidía en su cara revelaba una palidez de hospital; y sus ojos parecían desvaídos bajo la masa borrosa y acurrucada que llevaba sobre los hombros.

–No puedo quitármelo de encima –se quejó a nadie en particular, con cierta inocencia cuando uno habría esperado más bien vergüenza: su voz era como la de un niño que confesara una enfermedad sucia sin percibir ninguna suciedad. «Le ha pasado algo», creyó Frankie. El soldado señalaba

hacia donde había, sobre un esterilizador del pabellón, una *syrette*, procedente de un botiquín de urgencia, al lado de la dosis militar de un cuarto de grano de morfina,¹ que parecía fundirse blanquecina mientras la miraba.

«Pero no es ningún tonto, ha venido entre turnos. Sabe que yo soy el que sabe cómo quitarse el mono de encima y ha esperado a que el cabo se vaya a comer», pensó Frankie, «no voy a meterme en líos por culpa de ningún soldado.»

Pero el tipo seguía mirándole con tal sufrimiento aturdido, temeroso de entrar y a la vez demasiado enfermo para marcharse cuando tenía alguna esperanza de encontrar alivio, que Frankie al final se escuchó diciendo: «Puedes usar mi corbata». Alzó la mirada y el soldado se había ido; así que se levantó del catre, el prolongado dolor sordo en su hígado empezó a amasarle las tripas, la jeringuilla estaba llena y lista, y la corbata colgaba limpiamente encima de los pantalones y tenía tiempo, el tiempo justo. Se había puesto la corbata alrededor del brazo e intentaba sujetarlo con una mano, un par de centímetros por encima del codo, pero los dedos, nerviosos y débiles, se movían torpes, se sentía febril y tenía que apresurarse; y entonces, desde fuera, la voz del cabo dijo: «Hoy voy a pillarlo»; la aguja se introdujo curvándose suavemente hasta transformarse en una especie de inútil termómetro gomoso, alguien le enfocó con una linterna directamente a los ojos y se despertó boca arriba, en la celda, ante una mirada acusadora. Y con el viejo dolor atormentándole el vientre.

El dolor fue desapareciendo poco a poco. Desde otro punto de la galería, algún patriota estaba utilizando un espejo reflectante para despertar a cuantos alcanzara. La celda se había llenado de una luz color carne que no paraba de

1. La *syrette* era una especie de tubo de pasta dentífrica en miniatura que contenía una dosis de morfina. Se le añadía una aguja y se aplicaba directamente al herido. El «cuarto de grano» equivale a unos 16 miligramos. (N. del T.)

moverse y estaban sacando a los ronroneantes borrachos de las celdas para que se lavasen, se tirasen pedos, gritasen, se despezasen, escupiesen y se rascasen los culos peludos.

Frankie se levantó y se acercó a los barrotes, sin despertar a Gorrión, para ver a los borrachos más muertos de hambre de la República haciendo cola para mojarse las manos con cautela y rozarse las frentes, cada uno con una sola gota, como si fuera agua bendita y cada uno de ellos se encaminara a confesarse en lugar de a pagar veinte dólares de multa o pasar veinte días durmiendo en el suelo del correccional.

Título de la edición original: *The Man with the Golden Arm*
Traducción del inglés: Vicente Campos

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: enero 2014

© Nelson Algren, 1949
© de la traducción: Vicente Campos, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 24118-2013
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-85-4
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5811-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)